

tación estaba en el rincón de los pellejeros. El borde derecho es la entrada a la tierra desde el camino, antes de hacer la carretera, en el límite del arroyo de la Mina que empieza al llegar la corriente de las Santanillas a la fábrica de harinas.

El borde de allá, donde al parecer estaba la cantera de la greda, linda con las Bilbaínas y el de aquí con el camino del Campo, frente a las casas del Conde. Y en esa demarcación el horno, formado por una bancada inferior mas grande, que alberga el hogar cuya puerta de entrada, para echar la leña, mira a la carretera, con chimenea para los humos en la parte posterior.

Sobre la techumbre de este hogar, que tiene numerosos agujeros perforándola en forma de criba para que pase el calor de la lumbre, va el horno cuyo suelo es la criba. El horno tiene también una ventana sobre la boca del hogar de la bancada inferior, que se tabica una vez colocada la obra para que no se pierda por allí el calor. La techumbre del cocedero se cubre con cascotes y tierra que abriga muy bien el horno, lo mismo que en todas las alfarerías, caleras o yeserías de su tiempo y de después.

Entre el horno y la puerta de entrada y salida al pedazo, está la era de hacer y secar la obra y a su lado la escalerilla para subirla y enhornar y preparar la cocción.

Su emplazamiento tuvo lugar en el arranque de la carretera del Campo, a la izquierda, frente a las casas del Conde de después, donde terminaba el pueblo en campo abierto y donde al cabo se hicieron el teatro y la casa de Cristóbal. Dos hermanos de corto bigotejo, recuerda Maroto Escudero que vinieron de Madrid, como vino Prast e hizo la bodega que luego fue la Bilbatna, haciendo allí una especie de era para trabajar el barro, que en esta parte del pueblo es gredizo, muy arcilloso, lo que les permitía disponer en su propia tierra, sin siquiera cercar, de barreros o barrancos abundantes y a flor de tierra.

Trabajaban el barro como los alfareros, valiéndose de adoberas de madera, como las demás gentes del pueblo que hacían adobes para sus obras, como yo mismo los hice para mi padre levantar la casa en que ahora vivo, pero para darles mas solidez, tenían que cocerlos y de ahí el chimeneón, que no era tanto como indica su nombre, como pasa con la tinaja de la alfarería de Madrid, que no es para nosotros tanta tinaja como parece al nombrarla como si fuera sola. Debió contribuir al nombre alcazareño el lugar de su emplazamiento por costumbre tradicional como un corralón, pues en Alcázar han existido muchas chimeneas de fábricas, altísimas, bien merecedoras del aumentativo pero a ninguna se lo pusieron genéricamente, a todas les aplicaron el distintivo de su aplicación, la chimenea de la luz, de la Montijana, de la Sopa, etc. Y esta, que sería de las más pequeñas entre las grandes, poco mas o menos que la de cualquier calderín de aguardiente, quedó señalada escuetamente con nombre propio: el Chimeneón; nombre sonoro, retumbante casi y de seguro inexpresivo para cuantos pasan ahora inadvertidamente por el lugar de su emplazamiento y que demuestra el acierto de los nombres populares, como lo son los motes mismos.

A pesar de los trabajos de aquellos hermanos, dice Maroto Escudero que la vida pobre de entonces no permitía que se consumiera la produ-